

# Jordán B. Genta, testigo de la Fe

MARÍA LILIA GENTA

MARIO CAPONNETTO

*San Rafael, Mendoza, 16 de octubre de 2012*

MARÍA LILIA GENTA (LYS).- Les agradecemos que nos invitaran a dar esta charla sobre mi padre bajo el título “Jordán B. Genta, testigo de la Fe”, en el marco de los Cursos de Cultura Católica justamente al iniciarse el Año de la Fe.

La Fe en Genta está indivisiblemente unida al amor a la Patria. Transitando los caminos de su Patria carnal llegó a la Fe. Ese amor fue “crucificado y verdadero” y por eso se hizo, en él, uno con el amor de Dios. Vivió y murió buscando el Reinado de Cristo en la Argentina.

## 1. Genta, padre

Voy a empezar refiriéndome a Genta como a mi padre. La fotografía que han elegido para el anuncio de esta reunión es la que más me gusta. Inclinado sobre ella sostiene la Cruz. Pero debo aclarar que falta algo importante que está en la foto completa. En ella está presente uno de esos dones que nos regaló el Buen Dios y que, les aseguro, mi padre sabía gozar y degustar con auténtica alegría: ¡el vino!

Esa cruz (que él después colocó en su escritorio y allí se conserva) le fue regalada durante una cena en un Regimiento, en Corrientes. En la foto original se ven las copas y la botella de vino. Para mi padre, nunca coca cola... Estamos en San Rafael y pienso que todos ustedes comprenderán porque prefiero la foto original. Me parece que sintetiza la personalidad de mi padre: la Cruz y la fiesta.

Es más fácil escribir que hablar sobre el propio padre. Espero no caer en emotivos papelones. Es que mi relación con papá fue un tanto original y no muy común dentro de los ambientes en que nos movíamos. La forma en la que intentó educarme fue invitarme a que lo acompañara a todas partes, a los más variados eventos, sin importarle mi “género” ni la edad que tuviera en ese momento. Así compartí su vida de una manera muy estrecha desde la primera Misa por José Antonio (a los ocho o nueve años) hasta su última conferencia. Actos políticos, manifestaciones prohibidas (en época de la persecución religiosa), visitas a las cárceles, interminables funerales por la familia del Zar de Rusia y un largo etcétera en el trato con todas las comunidades llegadas a la Argentina huyendo del comunismo. Esta es la razón por la que mi, digamos, “cultura” es mucho más vivida que libresca. Esta peculiar pedagogía paterna nos hacía compartir toda su vida que en absoluto excluía lo lúdico, la fiesta en todo su esplendor. Si me llevaba con él a rezar y a cantar *Cara al sol*, lo mismo hacía llevándome a ver las carreras de autos. Como a ojos vista soy muy vieja, lo vi disfrutar con desbordado entusiasmo del primer triunfo de Fangio en Mar del Plata. Con él iba al autódromo pero no a los estadios de fútbol -deporte que también lo entusiasmaba- porque dejó de asistir a ellos cuando en las gradas se cantaba la *marchita*... Lo mismo sucedía con las lecturas; volvió a releer conmigo de Salgari al Quijote. Y ni hablemos de las películas: con él aprendí a reconocer la grandeza, el coraje, el amor humano, de la mano de Gary Cooper, John Wyne, Glend Ford. Cuando quiero evocar a mi padre desde lo más hondo de mi alma vuelvo a ver *A la hora señalada*. Creo que este equilibrio entre san Luís Rey de Francia y los Tres Lanceros de

Bengala hizo que sus enseñanzas calaran tan hondo en mí. Perdonen estas referencias tan personales e íntimas; pero me parece que son ellas las que mejor develan e ilustran la rica personalidad humana de mi padre que se volcaba y proyectaba en su magisterio, sin que jamás el catedrático anulara al hombre.

Y hablando de ese magisterio, mi padre fue maestro de varias generaciones de jóvenes católicos y nacionalistas. Ocurre que él, como el Padre Meinvielle, a diferencia de otros intelectuales de la época, se ocupaba de los jóvenes desde las edades más tempranas, de formarlos desde la adolescencia. Y en esto tanto papá como el Padre Julio llegaron a constituir, en su momento, los referentes emblemáticos de los más jóvenes. “Y, vos, ¿adonde vas? ¿A Céspedes o a la Casa de Ejercicios?”, solía escucharse entre los jóvenes de aquella época. Pero para que nos ilustre acerca de esto, le paso, ahora, la palabra a Mario que llegó a casa a los 16 años. Y ya era “viejo” porque Nicolás Kazanew, por ejemplo, llegó a los 14.

## 2. Genta, maestro

MARIO CAPONNETTO.- Para evocar a Genta como maestro, tengo que comenzar con una referencia, siquiera somera, a los finales del año 1954 y principios de 1955. Años turbulentos, difíciles en la historia de nuestro país. En esa época yo era un adolescente y había dos cosas que me preocupaban.

Una era la fe, recientemente adquirida o tal vez re-adquirida; y esa fe se me presentaba como un desafío intelectual. Había en mí ya desde aquella época un ansia por razonar la fe, un ansia por compatibilizar la razón con la fe, un ansia de vivir una fe ilustrada, de hacer realidad ese ideal de un intelecto que busca la fe, *intellectus quarens fidem*, del que es modelo insuperable Tomás de Aquino.

La otra cosa, la segunda gran inquietud, era la Patria; la Patria Argentina, en ese momento convulsionada, *incendiada* literalmente: persecución religiosa, gran resistencia católica y, finalmente, la caída del régimen.

Es así que llegan los finales del año 1955 y ante los acontecimientos políticos, es decir, el giro totalmente opuesto a su origen que fue tomando la

Revolución Libertadora, más ciertas cosas que ya se veían dentro de la Iglesia -la aparición del fenómeno de la Democracia Cristiana, por ejemplo- se fue como generando en mí una suerte de perplejidad, como que no encontraba mi lugar, no encontraba dónde poder desarrollar esas dos grandes inquietudes. Esa fe que busca el intelecto y esa patria que dolía.

Y como por milagro, por una gracia especial, de esas “aventuras de la gracia” de la que nos habla Raissa Maritain, fui a dar a fines del año 1955, diciembre, a la casa de Genta. No diré cuales fueron las circunstancias, pero sí que fueron circunstancias perfectamente providenciales.

Ese día Genta daba la última clase de un curso, de los varios cursos que dictaba en su casa. Y ahí me encontré con él: diciembre de 1955. Y fue ahí como, de pronto, dije: *llegué; aquí encontré lo que estaba buscando*; porque ahí encontré esa síntesis admirable, que ofrecía la cátedra de Genta, entre aquellos dos amores, aquellas dos inquietudes que me solicitaban: una fe que busca el intelecto, una fe ilustrada, y la Patria; la patria doliente, la patria que era y sigue siendo un gran dolor, sobre todas las cosas.

De mi primer encuentro con Genta, en ese diciembre de 1955, tengo recuerdos muy vívidos. Genta era una personalidad cautivante, fascinante; en él todo armonizaba: la figura, la voz, el *pathos* con que hablaba.

No recuerdo exactamente de qué hablo en aquella clase, pero sí recuerdo que la impresión que me hizo fue muy grande, me conmocionó. Me dije: *aquí está realmente, aquí está el camino para encontrar esa fe razonada, ese intelecto iluminado por la fe; y ese compromiso vital, ese amor por la Patria*, por la Patria hecha dolor. Alguna vez escribí sobre este primer encuentro con Genta un pequeño artículo que terminaba con una frase de Rilke que el poeta refería a uno de los personajes de una de sus obras. No la tengo a la vista, pero decía, más o menos, así: “Él era inmóvil, estaba allí sentado, como en el centro del mundo y nosotros girábamos alrededor de él”.

Así lo evoco al Genta de aquel primer encuentro: él estaba sentado, irradiando esa Verdad de la que era testigo; y nosotros, de algún modo, girando en torno de él, abrevando en las aguas limpias y puras, remontadas, elevadas que nos daba a beber el maestro, esas aguas que él solía nombrar con su amado Valery: *En esta agua nunca bebieron los rebaños*. Esa agua apagaba nuestra sed juvenil.

A partir de entonces comienza una larga relación con Genta, intensa, que duró hasta el último día de su vida. Es a partir de ese encuentro que se inicia una etapa, crucial en mi vida, que llamaré de *discipulado* y que me marcó para siempre.

Este discipulado significa cuatro cosas para mí. La primera, una verdadera paternidad; Genta me engendró, me engendró en la sabiduría. Yo siempre digo que tengo dos padres, mi padre carnal y Genta. Genta me engendró en el espíritu porque todo verdadero maestro es padre; y él me engendró. Es el Genta padre.

La segunda es la sabiduría, el ejercicio cotidiano de la sabiduría. Es el Genta maestro.

La tercera, es la ejemplaridad del testimonio. Porque en Genta no sólo había testimonio de palabra, había también testimonio de vida, y Dios lo glorificó y lo colmó con el testimonio supremo, *el testimonio de la sangre*. Es el Genta testigo.

De manera que Genta fue para mí el padre, el maestro, y el testigo.

Pero hay una cuarta cosa: el amor, porque en la casa de Genta no sólo encontré esa fe que busca el intelecto, no solo encontré ese amor a la Patria y ese testimonio viviente, sino que encontré el amor. El amor conyugal, ese amor que hace que un varón y una mujer sean una sola carne.

De manera que fíjense cuánta interioridad, cuanta *entrañabilidad* -si me permiten la palabra- hay en esta relación vital con Genta que como una verdadera gracia Dios me concedió en esta vida.

De Genta, de su modo de ejercer la enseñanza, diré que era un contemplativo. Él nos daba por la tarde el fruto de la contemplación de la mañana. Esas mañanas que él pasaba solo, en su casa, en medio de sus libros, con su amado San Agustín, con Fray Tomás, con los modernos, con los grandes poetas, con los santos. En él, aquello de *contemplata allis tradere*, era una realidad viva, visible. En la mañana contemplaba; y en la tarde transmitía; y cuando transmitía, donaba.

Había en sus clases, en sus lecciones, un ritmo que iba de la ascensión al descenso. Porque en Genta había un *ritmo* que no se transmite en el texto escrito y que ha quedado en la memoria de quienes tuvimos la gracia de escucharlo. Comenzaba siempre con el acontecimiento del día, y en seguida,

se elevaba; nos llevaba al verdadero rapto de la contemplación, pero siempre a partir del acontecimiento del día. Nos iba llevando, repito, al rapto de la contemplación; y una vez que alcanzaba esa cima de la contemplación volvía a descender a “la epilepsia del valle”, alumbrada ahora con la luz de la contemplación; volvía a descender al mismo acontecimiento que había iniciado ese ciclo. Este ascenso y descenso imprimía a las clases del maestro, como dije, un *ritmo* que nos cautivaba. Era una experiencia única, inolvidable, cada encuentro, cada clase con Genta.

Como muy acertadamente escribe Edmundo Gelonch Villarino, queridísimo hermano y discípulo:

“[...] desde la Verdad universal, iluminaba la noticia del día. A diferencia de todos los otros grandes Maestros que he tratado, cuyo discurso se desenvolvía en el plano científico de las verdades universales, Genta nos educaba el entendimiento práctico para reconocer lo universal en lo singular, y a partir del ejemplar del diario “*La Razón*”, que llegaba a las cinco de la tarde, del caso singularísimo que ese día llamaba la atención, nos remontaba a los principios más universales, primerísimos, de la sabiduría humana y divina”

“Tenía el don de penetrar en los acontecimientos y en los hombres, con juicios que sonaban arriesgados y hasta temerarios, pero que luego se veían confirmados por los hechos”.

Pero ahora le dejo la palabra a Lys.

LYS.- Antes de retomar mi tema voy a contar algo que sé que a Mario le cuesta mucho expresar. Mi padre no murió al caer sobre la calle; alcanzaron a llevarlo a un hospital vecino. A Mario, por ser médico, le permitieron entrar en la sala de Guardia donde los médicos estaban haciendo todo lo posible por salvar la vida de papá. Yo quedé sola, en el pasillo, detrás de la puerta. Si entre el público hay algún médico o enfermero, conoce el ajeteo y el ruido que se producen cuando se intenta reanimar a un enfermo grave. Es habitual que todos se vayan y abandonen la sala, quizás para reponerse de la tensión y del esfuerzo, una vez que el enfermo muere y todo intento es ya vano. Se puede, entonces, escuchar el silencio. Lo escuché y abrí la puerta. Me encontré con el cuerpo desnudo de mi padre, acribillado, sobre la camilla y Mario, a su lado, sosteniéndole aún la muñeca, allí donde se palpa el pulso. Lo que selló

ese algo entrañable que lo unió a mi padre fue tomar los últimos latidos de su corazón.

### 3. La vida

Simplemente quiero trazar unas pinceladas biográficas de mi padre en su aventura hasta llegar a Dios y a la imitación de la Cruz (los estrictos datos biográficos se pueden hallar en Google). Imposible entender cabalmente la escena final en que cae acribillado, intentando concluir el Signo de la Cruz, sin comenzar por referirme a mi abuelo, Carlos Luis Genta. Tesis y antítesis. Era don Carlos enjuto y amargado; comía solo, incapaz de la compañía en la mesa, cuidando su estómago supuestamente enfermo (murió casi centenario). Sin pasar aún a antinomias espirituales, nada podía contrastar más con su porte que la gruesa figura de su hijo Jordán, amante de la buena mesa y las largas sobremesas y del “bon vin” compartido con los amigos. Como la otra cara de la hiel amarga de don Carlos, la alegría de vivir y la risa, la risa incomparable de mi padre, que fue maestra en mi vida tanto como su palabra y su muerte.

Fue don Carlos también -y esto es lo que importa- un ateo contumaz como ya no quedan. Su vida giraba en torno de un singular odio a Dios y en el cultivo cotidiano de ese odio. Ateo, “comecuras”, anarquista. Me libré de tener un abuelo masón porque de tan anárquico no soportó la masonería (aunque por algún tiempo acudiera a la misma logia con don Alfredo Palacios). Me recibía recitando el *Himno a Satanás* o me regalaba con los versos de Leopardi, de Carducci, así como otros abuelos cuentan *Blancanieves* a sus nietos. Pero no había visita en que me perdonara dolerse por las tres “traiciones” de mi padre que, a saber, eran: ser filósofo y no médico, haberse atrevido a casarse con una “española” y, por último, lo que no le permitía vivir en paz, ¡el Bautismo!, la conversión religiosa y, en menor grado, la toma de postura filosófica y política tan opuestas a las de don Carlos Luis.

En este siglo de notables conversos, no me digan que la muerte en y por Cristo de Jordán B. Genta, educado por semejante padre, alumno posteriormente de la Universidad reformista, no es una misteriosa, insólita “aventura de la Gracia”.

Siendo ateo y marxista mi padre ingresa a la Universidad de Buenos Aires. Dios pone en su camino a Coriolano Alberini, escéptico, no creyente, pero crítico implacable, irónico y despiadado de los ideologismos. No sé si ese gran maestro alguna vez supo que él, más allá de sí mismo, fue el primer

viador de la Gracia para con su discípulo. Este es el primer hito: abandona el marxismo. Al rendir su último examen de estudiante le sobreviene una hemoptisis; así se manifiesta la tuberculosis. Pese a ello se casa con mi madre en febrero de 1934 y se van a las sierras de Córdoba en busca de la "climoterapia". Es el segundo hito: en el obligado reposo serrano de un año, mi padre descubre a los griegos, los estudia en serio ya que en la Facultad donde cursara la carrera el lema era "hay que desaristotelizar la Universidad".

Había sido mi padre discípulo dilecto, también, de Francisco Romero (como consta en su correspondencia) y por eso éste le pide a Alejandro Korn que visite en uno de sus viajes a ese jovencito Genta, esperanza de continuidad de los filósofos positivistas de nuestra Universidad oficial. Korn accede; mi padre le habla con entusiasmo de sus nuevas lecturas y éste, prefigurando el futuro, lo interrumpe de repente y dice: "Genta, usted se nos va".

El tercer hito: la enfermedad remite espontáneamente, mi padre cura sin ningún tratamiento. Entonces va como profesor a Paraná. Siempre nos decía que la enfermedad lo había eximido de enseñar el error. En Paraná se encuentra con el doctor Álvarez Prado. Es este intelectual católico el que le acerca las primeras obras históricas revisionistas. Genta se encuentra con la Patria, con su raíz, con su historia. Álvarez Prado lo vincula al clero entrerriano, clero atípico, imposible de encasillar, por la gracia de Dios. Jóvenes curas de singulares inteligencias y poderosas personalidades que tuve el don de tratar en las sobremesas de mi casa y en los lugares geográficos más insólitos a lo largo de mi infancia y juventud. Clero con un profundo sentido nacional amén de buena teología y "militancia nacional" (más de lo que el Obispo de aquella época deseaba).

Van a ser dos los cortes drásticos entre mi padre y su mundo intelectual anterior. José Babini, en cierta ocasión, lo invita a hablar por radio, en Santa Fe. Mi padre hace el elogio de *Los grados del saber*, de Maritain (de allí que, a pesar de sus divergencias político-filosóficas, conservara siempre un gran amor a Maritain, otro de los "viadores" elegido por Cristo para su conversión). Esta alocución provoca una amonestadora carta de Francisco Romero ya muy alarmado por los caminos emprendidos por el discípulo díscolo que se le iba de las manos.

Me dice el Padre Elíseo Melchiori, en carta fechada el 7 de diciembre de 1976: "Cuando yo lo conocí en 1938 ya estaba en y amaba la Verdad, sin reserva alguna. De la admiración de la muerte de Sócrates a la que siguió fiel,

al comentario estremecedor de las Siete Palabras de Cristo en la Cruz, hay sin duda una ascensión indescriptible”.

Me narra el Padre Elíseo en sus cartas la historia completa del largo proceso de conversión. Me señala sus diversas etapas. No me parece oportuno aportar otro dato, en este momento, que la fecha y lugar de su bautismo, a los treinta años: fue en el año 1940, en la Inmaculada de Santa Fe, meses antes de mi nacimiento.

Después de la muerte de papá, supimos por testimonio de Horacio Querol, médico militar amigo muy querido de mi padre, una anécdota conmovedora respecto de ese día de su bautismo que fue también el de su casamiento religioso. Cierta día, cuenta Querol, Genta le dice por teléfono:

- *Horacio, venga esta noche a casa que brindaremos con champagne.*

- *¿Y cuál es la causa del festejo?*, indagó, sorprendido, sobre todo por el champagne que no era una bebida habitual en la mesa de los Genta.

- *Ya lo verá*, respondió papá.

Esa noche, al llegar a la casa, volvió a preguntar:

- *Y ahora, ¿me va a decir, Jordán, por qué brindamos?*

- *Es que hoy nos hemos casado por la iglesia*, fue la respuesta.

Querol, duro de carácter, el más duro Comandante que tuvo la Sanidad Militar, que se recuerde, lloraba cuando contaba este episodio.

Un sacerdote, ahora obispo, me dijo una vez algo que sintetiza esta “aventura” que culmina en el martirio: “su padre siguió el camino de la humanidad: Grecia, Roma (en este punto se encuentra con su Patria carnal) y luego Cristo”. Todo esto le llevó años de reflexión como conviene a un filósofo. Claudel, el poeta, se convierte en un “derrepente”, anonadado por la Belleza.

Así como no se puede entender la llegada a Dios de mi padre sin conocer a mi abuelo no se puede entender su vida y su obra sin mi madre. El amor entre ellos, tan particular y único, pleno, bien aristotélico, nada platónico, nos marcó a mí y a todos los jóvenes que concurrían a nuestra casa. Todos nosotros recordamos cuando nos decía: “Agradezco a Dios como una gracia infinita haber sido hombre de una sola mujer aun cuando estaba en el error”. Era recurrente en él la exaltación del amor humano. En toda fiesta de casamiento o de compromiso en la que le pedían un brindis, decía siempre lo mismo: “Para que un matrimonio perdure se requieren tres cosas: primero, una

fuerte atracción carnal; segundo, una profunda amistad y como tercera condición y la más importante, una absoluta disposición al sacrificio”.

Hubo en los dos esta disposición al sacrificio. Se casan (por civil) cuando a papá se le declara la tuberculosis. Se habían encontrado, al igual que los Maritain, cuando ambos eran absolutamente ateos, en la Facultad de Filosofía. Ella, mi madre, estaba a su altura intelectualmente pero, además, era exquisitamente elegante y distinguida. Lo acompañó en todo el difícil camino que él eligió transitar. “hasta la muerte y después”.

Hubo, también, en la vida de mi padre, grandes amistades. Ellas merecerían un capítulo aparte. Contribuyeron a esa especie de “cultura” que adquirí en las mesas y sobremesas de mi casa y de las casas de los amigos. No quisiera omitir a nadie. Pero no puedo dejar de mencionar a Hugo Wast - recientemente homenajeado, aquí, en San Rafael- y a la pléyade de curas - todos ellos tan comprometidos con Dios como con la Patria-, muchos de ellos concelebraron su misa de réquiem.

Bueno, estas son algunas de las muchas cosas que puedan decirse. Le paso ahora a Mario la palabra.

#### **4. El camino intelectual**

MARIO CAPONNETTO.- El periplo intelectual de Genta se inicia, en cierto modo, hacia el final de los años de la escuela secundaria. En ese tiempo ya asomaban los rasgos distintivos de su carácter: una inteligencia poderosa, una pasión inflamada y una fuerza de liderazgo que cautivaba a quienes se acercaban a él. En ese momento era ateo y marxista y militaba en el grupo *Insurrexit*, el más duro y radicalizado del comunismo local. Así ingresa en la entonces Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Estamos alrededor de los años 1926, 1927.

Por aquel entonces, la enseñanza universitaria se ajustaba estrictamente a los cánones del positivismo científico más radical. No obstante, se evidenciaba una cierta reacción antipositivista representada en figuras señeras como Alejandro Korn y Coriolano Alberini para citar sólo a los dos que tuvieron decisiva influencia en la formación de Genta. En efecto, Genta ingresa en la Facultad hacia el final del primer Decanato de Alberini quien vuelve a ocupar ese cargo en los años finales de la carrera de nuestro estudiante. Asiste a las clases del maestro. Muy pronto, su personalidad lo atrae irresistiblemente. Este encuentro resulta para él decisivo; y no sólo en lo atinente a la formación académica. Tal vez Alberini, agnóstico, no lo supo nunca, pero él fue el

primer hito en el admirable camino de la gracia que aguardaba a aquel joven estudiante universitario y que lo llevaría, en la fe y en el martirio, a la plena comunión con Jesucristo. Genta, que había ingresado ateo y marxista a la Universidad, abandona por completo el marxismo al egresar de sus aulas hacia fines de 1933. Fue éste el primer “golpe” de la gracia y Alberini su magnífico y providencial instrumento.

Comienza ahí un largo camino que reconoce varias etapas. Primero, el retiro serrano, ya mencionado, en el que lee afanosamente a los clásicos griegos. Después, la providencial curación de la enfermedad y el traslado a Santa Fe y Paraná hacia principios de 1935 donde inicia su carrera docente en la Universidad Nacional del Litoral y en el Instituto Nacional del Profesorado de Paraná. Dicta allí sus primeras clases y publica sus primeros escritos en los que resalta lo que podemos llamar un *pathos metafísico*, una vehemente y robusta reivindicación de la Metafísica. Es en estos años que lee la obra del filósofo francés Jacques Maritain, *Distinguir para unir o los Grados del Saber*, que inicia su camino hacia el pleno encuentro con el Doctor Angélico.

Junto con esta notable transformación intelectual, que en Genta se cumple por una vía estrictamente filosófica, se va dando otra transformación, pero ésta de carácter sobrenatural porque tiene que ver, directamente, con la obra de la gracia. Es en Paraná, en efecto, donde se pondrá en contacto con singulares personalidades del clero católico local, con lo que dará comienzo el largo proceso de conversión religiosa al que ya aludió Lis. Pero la Fe Católica llega, como también se dijo, unida al amor a la Patria, a la Argentina histórica. Conoce la verdadera historia argentina gracias a la lectura de los autores revisionistas cuyas obras descubre en la biblioteca del que fue su eminente y dilecto amigo de esta época, el Dr. Álvarez Prado. Y así, a la par de su conversión a la Fe, se va dando su conversión política que lo liga, para siempre, con la corriente doctrinal del Nacionalismo católico del que llega a ser, con el tiempo, maestro y guía. Es también en este período en que se inicia su estrecha relación con las Fuerzas Armadas plasmada en las resonantes conferencias pronunciadas en el Círculo Militar de Buenos Aires. En 1941.

Vienen después su paso, breve pero agitado, por la función pública, el regreso a Buenos Aires, su separación definitiva de todo cargo oficial y la fundación de su cátedra privada de filosofía que funcionó en su propia casa hasta su muerte. Es este el período de sus obras de madurez: desde *El Filósofo y los sofistas*, donde aborda con singular lucidez la radical oposición entre sofística y sabiduría, los comentarios de san Agustín, la *lectio sine die* de Santo Tomás hasta los últimos libros escritos al calor de una Argentina asediada por la Guerra Revolucionaria. En 1973 publica su último libro,

*Opción política del cristiano*, inspirado en la *Octogesima adveniens* de Paulo VI donde deja plasmada su opción política: el Reinado Social de Jesucristo.

En el año 1974 se celebró el VII Centenario de la muerte de Santo Tomás. Fue ese uno de los años más trágicos de la historia argentina contemporánea. Un país en llamas. Comenzaron, entonces, para Genta las amenazas de muerte. Pero nada detuvo su actividad. Siguió enseñando y se preparó para contribuir a la celebración del Centenario del Angélico. En agosto de ese año viaja a la ciudad de Córdoba donde dicta una conferencia sobre *Santo Tomás y la realidad nacional* y luego otra con el mismo título, en Buenos Aires, la víspera de su muerte.

En esa conferencia dejó trazado el ideal de la Universidad que él quería ver levantada en la Argentina como clave de una regeneración espiritual de la nación:

“Quiero ver levantarse la Universidad en torno a la Cátedra Magistral, en torno a la Cátedra del maestro de sabiduría divina y humana, de ciencias y de arte, de experimentación y también de manualidades. Pero ¿a efectos de qué? De asegurar la formación renovada de legítimas superioridades, de modelos, de ejemplos, de personalidades ejemplares, que son las que realmente levantan a un pueblo al más alto nivel de cultura, porque el más alto nivel de cultura lo da la presencia de modelos y de ejemplos. Los laboratorios son para el cálculo y el experimento, para las ciencias que sirven para el uso de las cosas y el dominio instrumental del Universo pero no nos sirven para ser hombres ni para cumplir nuestro destino de hombres en el último fin”.

Y concluye con estas palabras que son su testamento: “Lo que necesita un pueblo es Teología y Metafísica”.

A la mañana siguiente, último domingo de octubre, antigua Festividad de Cristo Rey, sale de su casa camino a Misa. Un comando guerrillero lo mata de once balazos. Cayó haciendo la señal de la Cruz. Su magisterio estaba consumado.

## 5. Conclusión

LYS.- Mario les ha dado un pantallazo de la trayectoria intelectual de Genta, el Genta catedrático, el Genta académico; y que nunca el académico mató al hombre. Quisiera para concluir tratar de explicar por qué durante sus últimos años en los que publicó varios libros dejó inconclusa su metafísica. Justamente la metafísica fue la más importante y primera vocación de su vida intelectual. Esto no significó, en manera alguna, el abandono de la filosofía

sino todo lo contrario. Esos fueron los años en que profundiza la encarnación de la Filosofía, en la que ésta se hizo en él vida y existencia más que nunca.

Fue un filósofo realista. ¿Y cuál era la realidad en ese momento, la que más lo acuciaba? Una Patria doliente, convulsionada, agónica. Esa Patria lo urgía, imprecante; y él respondió a ese llamado. Una opción era quedarse cómodamente encerrado, escribiendo su metafísica, sin que lo alcanzara el fuego de la Argentina en llamas. Quizá ese libro hubiera sido una obra importante. Pero su absoluta identidad entre filosofía y vida hizo que su *opera prima* fuera derramar su sangre por y en esa tierra que él ansiaba poblada de “varones cristianos y patriotas que tomaran la decisión heroica de disponerse, en primer término, a morir”. Para esto él debía morir primero. Pero, y esto entiéndase bien, nunca lo escuchamos alardear con el tema de su propia muerte: “la vida no es una bengala para quemarla en fuegos de artificios”. Como dije antes le gustaba mucho vivir y gozar de las cosas buenas de esta vida.

Decía mi padre: “[...] Lo primero es disponerse a morir. El único temor que tengo es fallar en este punto si Dios no hace lo posible por ayudarme (él nos decía que conocía su bajo umbral al dolor y que por eso le pedía a Dios, si era posible, que lo mataran enseguida, sin secuestrarlo. Dios lo escuchó). Vuelvo a citar: Me tocaron algunas luchas no habiendo sido nunca un hombre de pelea; pero Dios me ayudó siempre. Nadie me movió de mi puesto, ni nadie me arrastró, ni nadie consiguió doblegarme. Pude permanecer fijo e inmutable en lo que tenía que hacer. Me ha costado bastante. Pero el testimonio lo doy, por eso les hablo así. Hace más de treinta años que me he dedicado a tratar de cultivar, de enseñar a los hombres de armas una doctrina de verdad y de vida, una doctrina de verdad y sacrificio”.

Voy a citar un ejemplo de lo que mi padre consideraba un soldado, un jefe ejemplar:

“[...] quiero recordar aquí -y rendirle mi homenaje como a la expresión de todos los hombres de armas y agentes de seguridad que van cayendo- quiero recordar, repito, a uno, el coronel Iribarren, Jefe del Servicio de Inteligencia en Córdoba, asesinado hace casi dos años. ¿Saben lo que me contaba un oficial que había servido con él? «El Coronel nos reunió un día, a oficiales y suboficiales del servicio y nos dijo: -Yo no les puedo dar custodia a ustedes, por lo tanto, yo, el Jefe, no tendré custodia». Y fue a la muerte. Acribillado, como podría haber sido cualquiera de sus hombres. Yo en él veo al soldado. Y sobre todo al Jefe, cuyo primer deber es cuidar a sus hombres... No entiendo que los Jefes se rodeen de seguridad y dejen desnudos y desamparados a sus subordinados, no lo entenderé jamás”.

Aquel joven oficial que le narró a mi padre esta historia es hoy un Coronel retirado, prisionero político hace siete años.

Concluiré con palabras de la conferencia que fuera pronunciada la última vez que habló en público y que suenan tan actuales. Ellas sintetizan, además, esa unidad indivisible que había en él entre la Patria y la Fe.

“Vivimos una hora grave, solemne y decisiva. Acaso sea mejor para los hombres, y en especial para los cristianos, tener que vivir peligrosamente, expuestos a morir en cualquier momento. Digo que acaso sea mejor, porque aún antes del Cristianismo, el verdadero fundador de la Filosofía en Occidente, que fue Sócrates, enseñó que la Filosofía es una preparación para la muerte. Y nosotros adoramos a un Dios hecho hombre, crucificado por amor, en la figura del fracaso y de la muerte. No hay, pues, otro modo de llegar a la Vida verdadera, que recorrer el itinerario de Nuestro Señor Jesucristo”.

Muchas gracias.

UN SACERDOTE, presente entre el público, pregunta acerca de la vida de piedad de Genta.

MARÍA LILIA GENTA: Su pregunta, padre, me permite tocar un tema del que no hablé. Tenía mi padre lo que yo di en llamar un asombroso pudor religioso; él, que proclamaba incesantemente en público el Reinado de Cristo, a Cristo Rey, y exaltaba a Su Santísima Madre, reservaba muy para sí su relación personal y privada con el *Dios escondido*. Nos enterábamos de que iba a misa entre semana si alguien se lo encontraba en alguna iglesia. Los alumnos del Colegio, espiándolo, solían encontrarlo en la capilla rezando largamente, pero siempre en el lugar más oculto. Era esta una faceta distintiva de su rica personalidad.